

1. Comienza la aventura

La Península Ibérica, hoy llamada en sus cuatro quintas partes con el nombre de España, tiene un enclave geográfico peculiar, hasta tal punto que se ha convertido en uno de los factores principales de su evolución histórica. Que a los españoles nos guste hacernos los suecos, o que de vez en cuando pensemos que esto es Hollywood, no significa que esta península que hoy habitamos pueda ser como la Escandinava, o que para el desarrollo de nuestra historia nacional no importe demasiado que la costa oeste esté bañada por el Atlántico y no por el Pacífico. Todo influye y nada es gratuito en el discurrir de la Humanidad.

En todos los mapas, España podría ser, más o menos y geográficamente hablando, una especie de ombligo del mundo. No por su peso político o económico, al menos hoy día, ni tampoco porque su superficie tenga unos 500.000 Km. cuadrados, pero la circunstancia física de estar en el meollo geográfico –está situada en medio de tres continentes, Europa, América y África; y de un gran océano, Atlántico, y un gran mar, Mediterráneo– ha llevado a la Península Ibérica a vivir una Historia rica en tráfico de culturas y civilizaciones.

Hoy día las invasiones se siguen produciendo. Pero se realiza de forma pacífica, principalmente los meses de verano, y los nuevos invasores –conocidos como turistas– vienen en busca de sol y del espíritu festivo que tanto abunda por estos lares. Existe también otro tipo de invasiones que se realizan a través de medios más sofisticados como la música, el cine o la ropa de vestir. Pero este análisis de la realidad inmediata y actual del comportamiento humano compete más a la sociología que a la Historia.

De todos los mares que bañan el planeta Tierra el Mediterráneo es, sin duda, el más *culto* y el que más acontecimientos históricos de relieve ha vivido. A través de él la Península Ibérica ha recibido todos los influjos culturales importantes en el mundo antiguo: posiblemente la presencia misma del hombre, la revolución neolítica, la metalurgia del cobre y del bronce, las colonizaciones fenicia, griega y cartaginesa, la conquista romana y la romanización, la invasión musulmana y la consiguiente islamización.

Ahora, démosle la espalda al “Mare Nostrum” y veamos que nos ha aportado el Atlántico. Este océano, protagonista de la modernidad, ha sido el medio de universalización de España, de su cultura y de su lengua. Es el camino que han seguido los descubridores, conquistadores y colonizadores del Nuevo Continente. Y es igualmente el camino por donde Europa, a través de España, recibe todas las riquezas mineras, y las aportaciones que América realiza al Viejo Mundo. La presencia de España en el panorama internacional ha estado vinculada –desde la edad moderna– a su relación con América. Tan es así, que cuando se produce la independencia de las colonias, la última en 1898, España deja de ser un camino para convertirse en un extremo: desaparece su función como puente y comienza una larga etapa de aislamiento, que llega casi hasta nuestros días. Aunque ya ni nos acordemos de ellas, expresiones como *¡Más se perdió en Cuba!*, han formado parte del sentir histórico de este país, y han reflejado una realidad que transformó el futuro de España. Y es que sin la referencia de América –y por tanto del Atlántico– nuestro país es sólo un extremo de Europa occidental que, además, está mal comunicado con ella por la barrera de los Pirineos.

Nuestros vecinos del norte, los franceses, cuando quieren herir nuestra sensibilidad continental dicen que África empieza en los Pirineos. Al margen de las intenciones aviesas de algunos *gabachos*, es cierto que “*lo europeo*” ha llegado a la península con *retraso* y tras importantes transformaciones. Tanto en lo cultural –desde el arte Románico hasta el Renacimiento–; como en las corrientes de pensamiento como la Ilustración o los movimientos revolucionarios del Liberalismo.

Una mala geografía para las relaciones públicas

La situación geográfica interna de la Península también ha influido determinadamente en su Historia. De entrada la complicada orografía ha dificultado las relaciones entre las distintas regiones. Circunstancia que a su vez ha favorecido el desarrollo de tradiciones culturales y lingüísticas muy variadas. Esta realidad ofrece a primera vista un inconveniente y una ventaja. Empecemos por lo amargo. La dificultad estriba en articular una política unitaria de la Península, que facilite la obtención de unos objetivos comunes. El lado positivo. Poseer dentro de una superficie de poco más de 500.000 km. cuadra-

dos una enorme riqueza y variedad cultural de difícil parangón en el resto de Europa. La variedad que ofrece España debería enorgullecer y enriquecer a sus habitantes, pero no siempre es así, pues las diferencias se transforman en carencias, en vez de ser motivo de satisfacción y orgullo de un mismo colectivo social. Poco a poco, la realidad y las nuevas generaciones de españoles distantes del franquismo están recuperando el sentimiento de *nación española*, sin olvidar la peculiar manera de ser de los diversos nacionalismos. Qué más se puede pedir que pertenecer a una familia rica y variada en tradiciones, lenguas, gastronomía, literatura, música... "*La unidad en la variedad, y la variedad en la unidad es la ley suprema del universo*", lo dijo **Newton**, que no era español pero sabía de qué hablaba.

Este doble juego aglutinador o disgregador no es nuevo. A lo largo de toda la historia peninsular encontraremos dos tendencias bien definidas. Una centrífuga (como las lavadoras) que tiende a crear multitud de pequeños territorios independientes al abrigo de los accidentes del relieve, con ejemplos tan distantes como los taifas de Al-Andalus y el cantonalismo del siglo XIX. La otra tendencia, la centrípeta, que pretende crear un poder central al que se sometan las peculiaridades periféricas; ejemplos de ello son los Decretos de Nueva Planta borbónicas del siglo XVIII, o la división de España en provincias realizada en 1833.

Pero hay más aspectos de carácter geográfico que también han influido de manera notable en el devenir histórico de esta península, llamada Iberia, no por la compañía aérea, y sí por ser la tierra por la que pasa el río Iber. No es falsa modestia si decimos que nuestro país es pobre. Basta echarle una mirada al campo, en su faceta agrícola, para comprobar que más de un tercio de nuestro territorio es sencillamente estéril. Alrededor de la décima parte es muy fértil. El resto –más de la mitad del total– son tierras malas o de mediana calidad. Además el clima es en su mayoría seco, excepto en la cornisa cantábrica. Completa este panorama real pero bastante desalentador las dificultades de comunicación que impone la compleja orografía de la península. A diferencia de Francia, que está perfectamente articulada en torno a sus ríos, España no tiene ningún sistema coherente de vías naturales. Los ríos no son navegables salvo cortos tramos y para barcos de poco calado. Las costas, además, no ofrecen abrigos naturales para ser utilizados como

puertos. Todo esto ha dificultado desde siempre el comercio y las comunicaciones.

Pero aunque el suelo es pobre, el subsuelo es, o al menos era, rico. El único problema es que a perro flaco todo son pulgas, y esa riqueza interior ha sido explotada, casi siempre, por los del exterior, los extranjeros: primero los fenicios y griegos el estaño, los romanos el oro y la plata; los franceses, ingleses y belgas –ya en el siglo XIX– el hierro, el cobre y el mercurio. En resumen, el medio físico unas veces y la pobreza otras han influido cuando no determinado la evolución histórica de España.

Hace unos años, a un avisado funcionario de esta patria se le ocurrió una frase que define bastante bien lo que es este país respecto al mundo: *"Spain is different"*. La ocurrencia se convirtió en gran idea, ya que con tres simples palabras que podía entender todo el mundo se lograba de una manera eufemística convertir nuestras circunstancias de pobreza y retraso social en atractivo turístico. Ya se sabe que a los pobres no les queda más remedio que agudizar el ingenio. Y aunque las cosas, como veremos, han cambiado un poco y ha llovido mucho desde entonces, *Spain*, sin duda alguna, sigue siendo un país *different*.

La historia de la Humanidad, un proceso sin prisas

Si montamos una vuelta histórica a España por etapas, nos encontramos de entrada que estas etapas vienen diferenciadas por acontecimientos históricos de capital importancia, que a su vez sirven para separar una época de otra. Por ejemplo, entendemos por **prehistoria** la etapa de la evolución humana que abarca desde la aparición del hombre, hasta la utilización de la escritura. Sin embargo, hay que señalar para que nadie se lleve a engaño, que todo cambio histórico es progresivo y en general lento. La propia evolución humana está basada en la lentitud, o si lo prefieren y como diría un filósofo, en la ausencia de todo tipo de prisas.

Incluso un hecho tan trascendental como el descubrimiento de América no comenzó a repercutir de forma importante en España hasta dos décadas después. Ocurre también que las gentes que vivieron en esa época no tenían ninguna conciencia de estar en una etapa histórica distinta a la anterior. Para dejarlo claro, el hidalgo don Félix del Rosal, habitante de la

Salamanca medieval, no se acostó un buen día en la edad media y se levantó –a la mañana siguiente– en la edad moderna. Don Félix siempre tuvo conciencia de vivir su época contemporánea, igual que nos sucede a nosotros. ¿Cómo se llamará en un futuro esta etapa de la Historia que hoy llamamos y vivimos como edad contemporánea y que abarca desde principios del siglo XIX hasta la actualidad? ¿Fin de milenio? ¿Edad de las guerras mundiales?...

Como cabe esperar siempre que hay más de una persona implicada en una cuestión, ni todos los historiadores, ni todas las corrientes historiográficas coinciden al señalar los límites de cada época y los grandes acontecimientos que marcan el paso de una a otra etapa. Unos destacan hechos de carácter político o militar, otros prefieren referirse a los grandes procesos económicos o a los culturales. Nosotros, los autores de este libro, hemos optado por exponer la división más clásica y generalmente más aceptada referida a la península ibérica. Una decisión nada salomónica, pero sí muy práctica y sensata, desde nuestro punto de vista.

PREHISTORIA. Etapa de la evolución humana que abarca desde la aparición del hombre, hasta la utilización de la escritura.

EDAD ANTIGUA. Desde la aparición de los primeros textos escritos, en la civilización de Tartessos; hasta la caída del Imperio Romano, a mediados del siglo V d. C., y del cual Hispania era una provincia.

EDAD MEDIA. Discurre desde las invasiones germánicas en el siglo V hasta fines del siglo XV. Se suele señalar el año 1492 como final, por la especial significación que tiene para España: descubrimiento de América; conquista del reino nazarí de Granada, último bastión de la presencia musulmana en la Península; expulsión de los judíos y momento en que se está conformando el Estado moderno por los Reyes Católicos.

EDAD MODERNA. Abarca desde finales del siglo XV hasta comienzos del XIX. Es usual utilizar la invasión francesa y la Guerra de Independencia –en 1808– como punto final de esta época.

EDAD CONTEMPORÁNEA. Desde principios del XIX hasta la actualidad. Es difícil –por ahora– marcar un punto final de nuestra edad.

Aunque sólo sea a título de curiosidad, podemos apuntar la teoría, defendida por algunos, de que el nombre de España es de origen fenicio y que aquellos pretéritos navegantes se lo dieron a la península ibérica por la cantidad de conejos que la habitaban. Esta tierra era para ellos *i-shepham-im* es decir: el país de los conejos, de la palabra *shapán*, conejo. Por mucha águila que llevemos en la bandera nacional, o por mucho toro bravo que lidiemos, nuestro nombre se lo debemos a un pariente de Bugs-Bunny, el famoso conejo de la suerte.

El homo habilis no era Tarzán

De lejos parecía un mono, de cerca, observado con atención, se adivinaba que aquel ser de aspecto simiesco era ya todo un *Homo habilis* capaz de servirse del fuego y de fabricar simples herramientas de piedra. De esto hace ya unos dos millones de años.

Ni que decir tiene que la vida del *Homo habilis* no era nada fácil. Pasaba su tiempo desplazándose por la sabana y devorando todo lo que le venía a mano: raíces, frutos, tallos tiernos, huevos, larvas, lagartos. Como el desventurado ser era todavía bastante torpe en el arte de la caza, aprovechaba los cadáveres, más bien la carroña, que dejaban las grandes fieras que señoreaban las llanuras, cuando no era él una de sus víctimas. Por aquel entonces, el rey de la selva no tenía nada que ver con los antepasados de Tarzán, tendría que llover durante unos cuantos miles de años para que el hombre empezara a tomar conciencia de su destino y de sus posibilidades como protagonista de la creación.

Superada la etapa del *Homo habilis*, que vino a durar un millón de años, surgieron las especies posteriores: el *Homo erectus* y el *Homo sapiens*. Pero la Historia, auspiciada en este campo por la ciencia, sigue caminando bastante a oscuras, a pesar de los avances tecnológicos y del ADN, cuando atraviesa aún el amanecer de los tiempos.

El fósil más antiguo encontrado hasta hoy en la península Ibérica es un fragmento de cráneo fosilizado de Orce (Granada), cuya antigüedad se calcula entre 1,5 y 1,8 millones de años. Después del hombre de Orce los restos más antiguos hallados en lo que ahora es España, pertenecen a una familia de catorce miembros: siete mujeres, seis hombres y un niño. Vivieron

hace unos 250 mil años en un conjunto de cuevas próximas a Atapuerca (Burgos). Alguno de los fornidos homínido que habitaron la sierra burgalesa, llegaron a pesar hasta 160 kilos y a medir dos metros de altura. Utilizaban las cuevas naturales para tender trampas y cazar, y nunca se quemaban, porque aún no conocían el fuego.

Cuando la Edad del Hielo tocaba a su fin, de esto hace unos treinta mil años, grupos de cazadores *sapiens sapiens* decidieron instalarse en la Península. Unos pertenecían a la familia del hombre de **Cromañón**, otros a la variedad **Combe Capelle**. Pero el clima se suavizó, se inició el deshielo y las cosas empezaron a cambiar. La fauna mayor, bisontes, renos, focas, etc. emigró hacia el norte en busca de tierras más frías. Entonces, se plantearon los primeros dilemas para el *sapiens*. ¿Qué hacer? ¿Seguir a los animales o adaptarse al nuevo ecosistema? Con las respuestas a estas dudas nacía un nuevo tipo de hombre: el que aplica su inteligencia según las circunstancias y no sólo para satisfacer sus necesidades básicas más inmediatas. Adaptarse implicaba descubrir nuevos caminos: cazar nuevas especies más pequeñas, abrir nuevas fuentes de alimentación como el mar,... pero el gran paso, que vino en llamarse **revolución neolítica**, se dio cuando el hombre decidió domesticar los animales y la tierra, es decir, al inventar la ganadería y la agricultura. Estos cambios comportaron otro más importante, el cambio de mentalidad. El campesino tiende a vivir cerca del campo que trabaja, debe estar pendiente de él, tiene que ser previsor y reservar parte de la cosecha para que sirva de simiente. Se fragua el sentido de la propiedad de la tierra y el sentimiento de pertenencia a ella. Aspectos económicos, sociológicos y psicológicos que a su vez traerían nuevos motivos de enfrentamiento. A esta economía de subsistencia le siguió otra llamada de producción, que obligó a dividir el trabajo, y a plantearse nuevos modos de vida. El ser humano empezaba a tener una existencia más compleja, a decir de muchos, a complicarse la vida.

Esta evolución, lenta y laboriosa, es símbolo de la supremacía del ser humano sobre los demás seres vivos. Lo que hoy nos parece obvio, a pesar de algunos comportamientos humanos, en aquella época podía significar todo un descubrimiento existencial.

El primer “minero” que jugó con la magia del fuego

Guardando las debidas distancias, al igual que sucede hoy con la tecnología, que cuando se domina una máquina aparece otra superior que en teoría facilita un poco más las cosas, después de miles de años subsistiendo con unos simples instrumentos de piedra o hueso el hombre descubre los metales. Hace unos cinco mil años, un minero inquieto y de espíritu curioso descubrió que arrojada a una hoguera la malaquita se transformaba en una especie de pasta brillante que al enfriarse resultaba un nuevo y desconocido elemento con el que se podían fabricar adornos y objetos más afilados y resistentes que los de piedra y hueso. Compartido el descubrimiento con otros mineros, comenzaron a sacarle partido y se creó una nueva especie profesional que en un principio tenía algo de hechicera, los herreros, que sabían extraer metales, fundirlos y fabricar objetos. Se había descubierto la metalurgia del cobre. La Humanidad entraba en una nueva era, la de los metales.

Sin embargo, la revolución técnica y su repercusión en los sistemas de producción se haría esperar. El metal escaseaba y se empleó primero en fabricar pequeños adornos –coquetos que eran nuestros antepasados– en lugar de fabricar herramientas útiles. Sólo cuando progresó la minería y aumentaron las reservas metalíferas se abarató lo suficiente como para compensar emplearlo en la fabricación de cuchillos, azadas y otras herramientas de uso cotidiano. Aunque a nosotros nos cueste valorar los avances y novedades tecnológicas, saturados que estamos de ellas, hagamos un pequeño esfuerzo de traslación mental y valoremos el gran paso que supuso para aquellos parientes nuestros lejanos el abandonar la piedra y trabajar con las infinitamente superiores ventajas de los metales. La fabricación del cobre en España se inició a principios del tercer milenio a. J.C. Un milenio después vendría el bronce y finalmente, después de tres siglos de bronceadas herramientas y armas, entra en la historia el poderoso hierro. Todo un acontecimiento que dará paso a un nuevo concepto de historia.

2. Un poco antes del año uno

Poco a poco vamos alejándonos de esa nebulosa que rodea a la prehistoria para entrar en el terreno más firme de la historia. Los primeros pasos históricos en la Península Ibérica los dieron los pueblos centroeuropeos y orientales cuando se adentraron por el norte y por el sur. Podemos situarlos en el calendario unos 1100 ó 1300 años antes de que se inicie la era cristiana.

Este avance extranjero traerá consigo una nueva realidad cultural y económica. Los residentes en la península deberán abrirse a una nueva experiencia: convivir con la magia de lo nuevo y las costumbres forasteras. En estos primeros hechos podemos distinguir tres características principales: 1) Los habitantes de la periferia descubren y aceptan lo extranjero. 2) Los habitantes del interior se encierran en sus tradiciones y huyen de todo tipo de promiscuidad. 3) El norte y el sur empiezan a discrepar; los primeros –Cataluña y valle del Ebro– se dejan llevar por el hechizo indoeuropeo; los segundos –Andalucía– se dejan dominar por los rasgos orientales, de este proceso de enculturación sureño emerge el mundo tartésico.

La palabra invasión ha estado en boca de casi todos los historiadores para definir lo que después se ha comprobado que era, casi siempre, una penetración no violenta de pequeños grupos suprafamiliares que buscaban en nuestra península las posibilidades de una nueva tierra y un clima menos violento. Este vagar de los pueblos de Centroeuropa hacia el suroeste se produjo a través de los difíciles pasos del Pirineo catalán. Precisamente es en Cataluña donde pueblos del sur de Francia, Suiza y norte de Italia inician (s. XI y X a. C) la costumbre de incinerar a sus muertos y guardar las cenizas en urnas, dando vida a lo que se conoce como **cultura de los campos de urnas**. Con el tiempo se extendería esta costumbre funeraria y todo lo que ella implica a Navarra y Aragón.

Los **fenicios** y **griegos**, que también se sintieron atraídos por esta península aunque por razones puramente crematísticas, desembarcaron a lo largo de la costa mediterránea a partir del siglo IX y hasta el V a. J.C. Acosados por problemas de abastecimiento metalífero, tanto griegos como fenicios hallaron en esta tierra ibérica la solución de su problema. En poco

tiempo consiguieron explotar las más preciadas materias primas: cobre, estaño, oro y, sobre todo, plata.

Los pueblos mediterráneos empiezan a mover los pies

La integración de España en el ámbito de las culturas mediterráneas, hay que verla a través de los tres grandes procesos en torno a los que se articula a su vez lo que podemos llamar la historia Antigua de España: 1) El primero, es la organización de los pueblos prerromanos o habitantes autóctonos de la Península, entre los que destaca Tartessos. 2) El segundo, son las colonizaciones anteriores a la romana: fenicios, griegos y cartagineses. 3) Por último, la conquista romana y la romanización.

Los **prerromanos**, como su nombre bien indica, son los pueblos que habitaban la Península antes de la llegada de los romanos. A grandes rasgos se suelen distinguir dos grandes grupos. El primero lo constituyen los pueblos del área mediterránea: **íberos**. El segundo lo forman los que ocupaban el área centro y norte: **celtas** y **celtíberos**.

Entre los pueblos del primer grupo destacan **Tartessos**, culmen de las culturas prerromanas de la Península. Se extendió por Andalucía occidental y alcanzó su máximo esplendor entre los siglos VII y VI a.C. Se desarrolló al calor del comercio de los metales de la zona onubense con los pueblos del Mediterráneo oriental. Empleaba la escritura, parece que emparentada con la fenicia, y un sistema social y político avanzado.

Por lo que se refiere a los Íberos, en general, habitaban desde el sur de la Península Ibérica hasta el mediodía de la Francia actual, especialmente hasta el Levante español. Vivían en poblados fortificados, conocían la escritura y desarrollaron un arte notable en escultura: *Dama de Elche*, *Dama de Baza*. Los Celtas, por su parte, eran indoeuropeos establecidos sobre todo en el norte de Europa. También en el norte de la Península Ibérica. Vivían en unos poblados de casas circulares llamados Castros. Su contacto con los colonizadores prerromanos fue muy escaso.

El comercio y la necesidad de encontrar materias primas diversas, hicieron que entre los siglos IX y V a. de C. se produjeran a lo largo del Mediterráneo y del Mar Negro toda una serie de colonizaciones. Son emigraciones protagonizadas

por pueblos prerromanos del Mediterráneo oriental, que se establecen en puntos costeros próximos. El objetivo es encontrar metales: oro, plata, cobre y estaño; productos agrícolas y materias primas diversas. En su continuo extenderse llegaron hasta la Península Ibérica. Organizaron toda una cadena de factorías litorales, pero nunca les movió el ánimo del dominio político ni territorial, lo suyo era una colonización económica. Estos contactos tendrán importantes consecuencias para los pueblos con los que comercian. Las más importantes son de carácter cultural –adopción de la escritura, influencias artísticas, etc.– y también político y sociales: nuevas formas de organización social, de modos de vida, por ejemplo en el vestir y el comer.

Los fenicios inventan el alfabeto para poder hablar de dinero

Pero vayamos a lo nuestro, esto es, a hablar de los tres pueblos colonizadores que llegaron a la Península Ibérica: fenicios, griegos y cartagineses. Los fenicios, *“ese pueblo botado al mar por su geografía”*, como escribiera el historiador griego Heródoto, establece sus primeras factorías en torno al siglo VIII a.C. Las principales serán: Gadir o Gades, Malaka, Abdera y Sexi (es decir: Cádiz, Málaga, Adra y Almuñécar). Los griegos, tras algunos enfrentamientos con los fenicios, llegan a la costa mediterránea alrededor del siglo V a.C. Rhode y Emporióon constituyen sus principales núcleos. Tanto los fenicios como los griegos realizaron una colonización fundamentada en las relaciones económicas. Aunque influirán en lo cultural y en lo político-social, no suponen un dominio político por parte de la metrópoli de origen. Es más, con frecuencia los antiguos establecimientos llegarán a ser ciudades y estados importantes e independientes. Ese es el caso de Carthago respecto a los fenicios.

Si te ha gustado lo que has leído puedes adquirir el libro pulsando en el enlace: <https://bibliotecaonline.es/producto/espana-una-historia-explicada-desde-atapuerca-hasta-el-11-m-julio-montero-y-jose-luis-roig/>